



Co-herencia

ISSN: 1794-5887

co-herencia@eafit.edu.co

Universidad EAFIT

Colombia

Leyva Botero, Santiago

El giro político-cultural en los estudios del poder urbano
Co-herencia, vol. 9, núm. 16, enero-junio, 2012, pp. 215-246

Universidad EAFIT

Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=77424078008>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El giro político-cultural en los estudios del poder urbano*

Recibido: mayo 8 de 2012 | Aprobado: junio 1 de 2012

Santiago Leyva Botero**

sleyvabo@eafit.edu.co

Resumen

Este artículo contribuye a que la literatura del análisis político urbano recupere sus fundamentos políticos y deje atrás su economicismo. Con este fin, establece un diálogo entre esta sub-disciplina de la Ciencia Política que estudia el “poder urbano”, y la Economía Política Cultural (EPC), una nueva corriente teórica que busca re-explorar las posibilidades de la economía política al tomar seriamente el giro cultural y lingüístico que se ha dado en las ciencias sociales en las últimas dos décadas. El aporte teórico entonces estará centrado examinar cómo cambia el estudio del poder urbano al incluir los nuevos elementos teóricos de la EPC, especialmente aquellos basados en su re-interpretación de los trabajos de Antonio Gramsci, Michel Foucault y Chantal Mouffe, de los cuales adopta conceptos claves como la hegemonía, el antagonismo, los discursos, las tecnologías de poder y el proceso de co-evolución entre discursos e instituciones, el cual constituye el principal aporte de la EPC.

Palabras clave

Poder urbano, política urbana, giro cultural, instituciones, discurso.

The cultural-political turn in the studies of urban power

Abstract

This article aims to rescue the political foundations of urban political analysis, leaving behind its economicism. To this end, this paper establishes a dialogue between this sub-discipline of political science that studies “urban power” and Cultural Political Economy, a new theory that seeks to re-explore the possibilities of political economy after taking seriously the cultural and linguistic turns that have become widespread on the social sciences in the last two decades. The contribution is then centered in examining how the theoretical changes introduced by CPE, and particularly those that draw on the contributions of Antonio Gramsci, Michel Foucault and Chantal Mouffe, have an impact on the study of urban power, especially after adopting their concepts of hegemony, antagonism, discourse, power technologies and the process of co-evolution between discourses and institutions on which the EPC builds its main contribution.

Key words

Urban power, urban politics, cultural turn, institutions, discourse.

* Este artículo deriva de la investigación “Las transformaciones del Estado a nivel del gobierno local. Medellín 2000-2010” desarrollada y financiada en 2011 en el marco del grupo *Estudios sobre Política y Lenguaje* del Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT. Este continua el trabajo iniciado entre 2004 y 2010 denominado “Towards a Cultural Political Economy (CPE) reading of Medellín’s governance: Rebuilding and rescaling economic hegemony at the urban level in an age of neoliberalism” desarrollada en el CEPERC (*Cultural Political Economy Research Centre*) de la Universidad de Lancaster en Inglaterra.

** Doctor en Administración Pública, Universidad de Lancaster, Inglaterra. Profesor y jefe del pregrado en Ciencias Políticas, Universidad EAFIT, Medellín-Colombia. Miembro del Grupo de Investigación *Estudios sobre Política y Lenguaje* (cat. A1-Colciencias).

El giro político-cultural en los estudios del poder urbano

El objetivo principal de este artículo es contribuir a que la literatura del análisis político urbano recupere sus fundamentos políticos y deje atrás su economicismo. Con este fin, el artículo busca establecer un diálogo entre la sub-disciplina de la Ciencia Política que estudia el “poder urbano” y una nueva corriente teórica que busca re-explorar las posibilidades de la economía política tomando seriamente las críticas realizadas a la misma por parte de autores situados dentro del giro cultural y lingüístico que se ha dado en las ciencias sociales. El aporte teórico entonces estará centrado en traer al campo del análisis del poder urbano los trabajos más amplios que viene desarrollando el grupo de Economía Política Cultural (EPC) en la Universidad de Lancaster en el Reino Unido, conformado entre otros, por los profesores Ngai Ling-Sum, Bob Jessop, Normam Fairclough, Ruth Wodak y Andrew Sayer.¹

En este sentido, este artículo se une a otros recientes que tienen el objetivo de incorporar los avances de la EPC en el análisis urbano (Cfr. Ribera-Fumaz, 2009). En términos generales, este trabajo apunta a avanzar el estado del arte de las teorías de la *política urbana*, considerando cómo la EPC, siendo una teoría de orden más general, puede ser adaptada al giro culturalista crítico que ha tomado la EPC de la mano de Antonio Gramsci y Michel Foucault. Se mostrará cómo la EPC permite re-politizar la discusión sobre el poder urbano, sin necesariamente volver a los estudios de comunidad (elitismo y pluralismo). Igualmente, como un aporte específico de este artículo al campo más general de la EPC se integrará el trabajo de Chantal Mouffe (2005) al marco teórico de la misma, para luego utilizar este desarrollo en el estudio del poder urbano.

Teorías fundacionales de la ciencia política urbana

Quizás la mejor forma de entender la implicación de lo que el giro cultural ha implicado para las teorías políticas urbanas es revisar

¹ Ver, por ejemplo, Fairclough, Jessop y Sayer 2001; Sayer 2001; Jessop 2003; Sum 2003; Jessop 2004; Jessop y Sum 2001; y Sum 2007.

lo que teorías previas, como el Elitismo, el Pluralismo, la Economía Política Urbana y la Teoría del Régimen, han sugerido sobre cómo opera el poder en la ciudad. Si comenzamos con el elitismo, aunque este se remonta en la teoría política a los trabajos de Pareto y Mosca de principios del siglo XX, para el caso del análisis político urbano, el trabajo insignia es el estudio clásico de la ciudad de Atlanta (*cfr.* Hunter, 1953). En este estudio se sugiere que las ciudades usualmente son gobernadas por un número pequeño de actores que podrían ser considerados como una élite del poder. En el estudio de Hunter, estos actores podían ser identificados por su reconocimiento mutuo (su reputación) y por su participación frecuente en comités, reuniones de clubes y juntas. Este método “reputacional”, con un claro sesgo positivista en sus fundamentos epistemológicos, llevó a que Hunter considerara posible identificar la composición exacta de la élite de Atlanta por medio del trabajo empírico, que según el autor estaba compuesta por:

... once... directores de compañías, siete banqueros y financieros, cinco abogados, cinco gerentes industriales, cuatro funcionarios del gobierno de alto rango, dos líderes sindicales y un dentista. Los otros cinco tenían suficiente riqueza privada como para poder sostener un liderazgo de tiempo completo de las organizaciones cívicas y sociales (Jones *et al.*, 2004: 109).

En contraste con los enfoques elitistas, la perspectiva pluralista sugería que investigar la reputación no era la mejor manera de encontrar quién gobernaba y, en cambio, insinuaba que en las sociedades modernas el “poder” no podía ser poseído por los individuos (ni acaparado por una supuesta élite del poder). En esta línea, Dahl (1961) resaltaba que la fragmentación del mundo moderno hacía imposible que emergiera una sola élite del poder, por lo que era importante reabrir la pregunta por *quién gobierna* la ciudad. Este nuevo esfuerzo desechaba la opción de encontrar una élite fija, entendiendo a la política en las sociedades urbanas modernas como una lucha de intereses encontrados en la que el “poder” no podía ser poseído por los individuos (ni acaparado por una supuesta élite). En su libro “*¿Quién Gobierna?*”, Dahl (1961) analizó áreas concretas

(redesarrollo urbano, la educación pública y las nominaciones políticas) con el fin de estudiar a través del análisis de las decisiones, quien tenía influencia concreta sobre los resultados. Los hallazgos de Dahl (1961: 163), al contrario de los de Hunter, mostraron que si bien existían individuos con más influencia, “la mayoría de los ciudadanos... poseían un grado moderado de influencia”. Así en análisis político del pluralismo, dejó de focalizarse en encontrar a las élites, priorizando la exploración de la interacción permanente entre partidos, grupos de interés y votantes, en medio de un Estado que aparecía como el facilitador neutral de las decisiones finales y de los procesos de negociación.

De esta manera, la literatura del poder urbano se caracterizó hasta los años setenta por ser una discusión entre elitistas y pluralistas dentro de lo que se llamó los estudios de comunidad. Así, Pluralistas y elitistas llevaron al análisis político urbano a un “estancamiento conceptual...” (Jones *et al.*, 2004:108), que se solucionó con la llegada de la crítica marxista de los años setenta. El tránsito de los análisis del poder urbano hacia la economía política del poder urbano adquiere una dinámica importante con el trabajo del sociólogo Manuel Castells. Castells (1974: 292) señala que los “estudios de comunidad norteamericanos” asumen una “autonomía” de las comunidades norteamericanas para tratar sus problemas, tratando “la gestión de los problemas urbanos como esencialmente determinada por la escena política local”, y entendiendo a la comunidad “como una especie de micro-sociedad” (Castells, 1974: 292). De esta asume la existencia de una comunidad urbana como una arena en la que se deciden todos los asuntos de la ciudad.

Así Castells (1974: 292) señala que “en la base del problema está el debate, ya clásico en todos los manuales escolares, entre las tesis de Hunter y de Dahl sobre la estructura del poder local”. El problema para Castells (1974: 293) es que ambas aproximaciones “conducen a la indeterminación social del juego político”, dándole a la “escena política” una independencia frente al contenido social. Esto implica que la política urbana se entiende como un “proceso político, que enfrenta a fuerzas sociales”, ignorando las “determinaciones de la estructura social” (Castells, 1974: 294). En este sentido,

la crítica de Castells implicaba que los estudios de poder urbano estaban sobre-politizados y que les hacía falta entender el contexto económico y social en el cual se encontraban situadas esas relaciones de poder.

En contraste con el giro marxista, se da también una ruptura importante con el surgimiento del trabajo de Paul Peterson llamado “*City limits*” (Peterson, 1981), en el cual el autor entiende la política urbana según sus postulados derivados de la teoría de la elección racional. Esto lo lleva a entenderla como una política limitada por la economía de mercado nacional y la competencia interlocal, lo cual obliga a los actores locales a tomar decisiones que maximicen su posición competitiva, sus empleos, y sus intereses económicos. En este sentido el giro de la elección racional lleva a que se entienda a los intereses urbanos como unitarios y subordinados a las decisiones que maximizan la eficiencia de las escogencias, “lo cual deja la mayoría del aspecto político por fuera de la política urbana” (Stone, 1987: 5).

En un punto medio de esta tensión se encuentra el trabajo de Molotch (1976) (ver también Logan y Molotch, 1987), que acepta tanto la importancia del conflicto de clase y la formación de facciones de intereses, como la importancia contextual que tienen los mercados como sistemas de coordinación dominantes en el capitalismo. Por esto, Logan y Molotch (1987) proponen que la formación de una coalición de intereses urbanos está muy ligada a la especulación en el mercado inmobiliario, de hecho Molotch (1976) consideraba que “la gente que participa con sus energías, y particularmente con sus fortunas, en los asuntos locales es la clase de personas que –con una gran desproporción con su peso en la población– tiene más que ganar...” con el crecimiento de la ciudad (Molotch, 1976: 314). En otras palabras para el autor el interés por la especulación inmobiliaria y por la valorización de la tierra urbana crea los elementos materiales para asegurar el surgimiento de una coalición compuesta de los propietarios e inversionistas, por instituciones financieras que los apoyan, por sus abogados, los titularizadores de propiedad, y los corredores de bienes raíces. Esta coalición también incluye a los periódicos locales, a las universidades y a todos aquellos interesados en la expansión de la ciudad.

De esta manera se observa como los debates de Economía Política Urbana invierten la discusión, pues esta pasa de centrarse en la comunidad a focalizarse en las causalidades de la economía política sobre la organización política. Siguiendo esta lógica, Molotch (1976: 310), propone que el objetivo básico de cualquier coalición política era asegurar el crecimiento urbano, asumiendo que este objetivo ayudaba a crear “un mosaico de intereses comunes basados en la especulación inmobiliaria que era capaz de desarrollar coaliciones” (Molotch, 1976: 310), argumentando así que: “... el deseo de crecimiento (urbano) otorga una motivación operativa clave para el consenso de los miembros de las élites locales políticamente movilizadas” (Molotch, 1976: 310). En este sentido la búsqueda por el crecimiento urbano promueve (o facilita) el surgimiento de una “*máquina del crecimiento urbano*”² (Molotch, 1976: 310).

Dentro de todas las corrientes existentes en la economía política urbana, la que ha venido a estabilizarse como la corriente dominante de la política urbana fue la llamada Teoría del Régimen Urbano (TRU) (Stone, 1987; 1989; 2005). Esta renovó los estudios políticos urbanos al sugerir que tanto el pluralismo como el elitismo se centraban infructuosamente en discutir la organización del poder “sobre” (el control de los recursos), cuando lo que realmente había que discutir era el poder “para” (la capacidad para movilizar recursos en coaliciones) (Stone, 1989; 2005). Así mismo, mientras que los pluralistas creían que los recursos económicos y políticos estaban fragmentados, los elitistas creían lo contrario. La TRU contradice a ambas posturas, mostrando que la importancia del análisis político urbano está en estudiar cómo a través de la construcción de coaliciones se rompe con la fragmentación, sin que por ello se unifiquen los recursos. Como señalaba Lindblom, el reto de la coalición es coordinar “la posición privilegiada del mundo de los negocios...con la igualdad en el derecho del voto de los ciudadanos” (Lindblom, 1977, citado en Stone, 1987: 15).

² Noción novedosa, que en inglés se usa como “Growth Machines”, y que adapta el concepto de “máquina política” (*Political Machines*) que en el análisis político norteamericano hace referencia al clientelismo político de antes de la Gran Depresión, al nuevo momento de la posguerra en el que el crecimiento (y no la escasez) se convierte en el factor clave a distribuir.

Así, la TRU buscaba mostrar que realmente el objeto de la política urbana era demostrar cómo era posible que se desarrollara un régimen político en medio de la relativa fragmentación de los recursos políticos y económicos que existían en las grandes ciudades contemporáneas. Según Stone (2005: 311), el pluralismo asumía –erróneamente– una “coalición (de poder) inevitablemente inestable” que permanecía competitiva, informal y abierta. Por esto, la TRU buscó remplazar este enfoque pluralista en el que los débiles pueden vencer a los fuertes, con una visión más estructurada de las relaciones políticas, sin llegar a hablar de un elitismo. Al respecto, Stone (2005: 311) sugiere que “la política es accesible principalmente a aquellos que pueden superar umbrales sustanciales para asegurar su participación”, evitando así la fluidez que Dahl le adscribe a New Haven en su libro clásico (*cfr.* Dahl, 1961). Esto ayudó a la TRU a pasar de la pregunta por quién gobierna, a una por cómo se produce socialmente la capacidad para gobernar (Stoker y Mossberger, 1994). Esto significa que la TRU asume que “no hay una estructura de comando omnicomprendida que guíe y sincronice el comportamiento de todos” (Stone, 1989: 5). Así, se plantea entonces que la política urbana se construye por medio de mecanismos informales, tal y como sugería Stone (1989: 5):

... podemos pensar las ciudades como organizaciones que carecen de una estructura de comando unificadora. Existen sectores institucionales al interior de los cuales el poder de comando se evidencia bastante, pero los sectores son independientes unos de los otros... Estos modos informales de coordinar esfuerzos a través de las fronteras institucionales son lo que llamo “cooperación cívica” en un sistema de autoridad formal débil.

En resumen, la TRU acepta los condicionamientos de los mercados, los conflictos de clase e intereses y la competencia interlocal, como la estructura que deben interpretar los actores de la futura coalición, “aplicándolos a las condiciones locales, y actuando sobre ellos con las restricciones de los arreglos políticos que ellos producen y mantienen” (Stone, 1987:4). Todo lo anterior muestra que dentro de las teorías de Economía Política Urbana se evidencian variantes muy diferentes que van, desde aquella que ignora la polí-

tica local y que limita la explicación de la política al análisis de las elecciones racionales tomadas para maximizar la posición local en mercados nacionales e internacionales (cfr. Peterson, 1981); otra que al contrario prioriza el conflicto de clase y de intereses entre los miembros de la máquina de crecimiento y los residentes de los barrios (cfr. Molotch, 1976); y finalmente, una posición intermedia en el que se estudia la construcción de la coalición política local como producto de la necesidad para actuar en un contexto estructurante de mercado (cfr. Stone 1987, 1989, 2005). Esto presupone también una lógica donde el cambio social y político está basado en el primer caso en el mercado que privilegia la maximización individual y racional, en el segundo en una lectura determinista de la economía política que predetermina las posibilidades de conflicto y los intereses de los actores, y en el tercero en la formación de coaliciones a través de incentivos selectivos e institucionales a la cooperación. En cualquier caso, lo que predomina en todo el campo de la Economía Política Urbana es una clara minimización del rol de la política, reconociendo que esto ocurre en unas teorías más que en otras.

El giro político-cultural en las teorías existentes

Ahora que se han explicado las teorías políticas urbanas anteriores, es posible examinar cómo estas han incluido los aspectos político-culturales en su propia construcción. Esto proveerá la base sobre la cual se explicará más adelante el giro particular que se quiere dar en este artículo. En otras palabras, se buscará explorar cómo diferentes enfoques han entendido la influencia de elementos político-culturales, para así entender cómo se inserta el nuevo enfoque planteado en las teorías existentes, esto con el fin de desarrollar una “economía política cultural crítica de los procesos sociales” que acepta “la constitución cultural de la economía política” (Ribera-Fumaz, 2009: 457).

Un buen punto para empezar esta exploración de cómo se ha venido dando la inclusión de los aspectos discursivos e ideológicos es con la teoría de la “Máquina de Crecimiento”, dado que para Molotch (1976), el surgimiento de la “máquina” se explica por la existencia de un capitalismo urbano orientado al desarrollo urbanístico

que crea la oportunidad de incorporar un gran número de personas en los propósitos de la coalición. En este sentido resulta claro que la oportunidad la crea el desarrollo urbanístico como condición independiente, y que puede ser explotada de manera oportunista por algunos actores para formar una coalición política que haga compatible a los votos con los intereses económicos. Para Molotch (1976: 314) este poder de la coalición se amplía en la medida que exista en la ciudad un “... -sentimiento de nosotros- (o quizás mejor, -un sentimiento de nuestra-”. Así para construir este poder de la coalición, Molotch (1976: 315) señala que es clave la promoción en los diarios, las fiestas populares auspiciadas por la ciudad, el apoyo a los equipos y eventos deportivos, y muchos otros eventos que facilitan la creación de una “base ideológica para la promoción urbana y la aceptación del crecimiento” como su mantra. En otras palabras la coalición del crecimiento urbano se encarga de legitimar y promover la ideología del crecimiento como el sustrato ideológico que mantiene firme el poder de la coalición, construyendo un vínculo que es “socialmente organizado y sostenido, al menos parcialmente, por aquellos que obtienen un provecho del mismo” (Molotch, 1976: 315). En esta condición la ideología solo juega un papel servil a los actores poderosos, y por lo tanto el discurso y la cultura se entienden solo como herramientas disponibles en un mundo que es determinado por la economía.

Lo anterior se evidencia también en el trabajo de Stone (1989, 2005), que al adoptar un marco neo-institucionalista, solo puede explicar la conformación de una coalición política bajo el papel de los incentivos institucionales selectivos y los incentivos institucionales externos (el imperativo del mercado). De esta manera, la identidad de los actores y el antagonismo con sus enemigos queda por fuera de este marco que simplemente reconoce que “los sectores son independientes unos de los otros” (Stone, 1989: 5), logrando coordinar por medio de incentivos para maximizar su beneficio. Como señala Lauria (1999: 129) el uso de la teoría de la elección racional como base teórica para fundamentar su ontología ha implicado “el olvido de la hegemonía y el rol del discurso” en la construcción de los mismos regímenes. Así es difícil entender cuando se pasa de una simple coalición temporal de intereses racionales a un grupo más cohesio-

nado y que logra conformar una identidad común que se prolonga hasta incluir grupos subalternos y marginales. Este tipo de críticas llevaron a que el mismo Stone (2005: 315) en sus trabajos más recientes aceptara su problema:

... yo digo hoy que la Teoría del Régimen Urbano, por no prestar suficiente atención al papel de los grandes propósitos, infló el papel de los incentivos selectivos en la construcción y el mantenimiento de los acuerdos de gobierno. Al mirar hacia atrás en mi estudio de Atlanta, quiero decir que, sin negar que los incentivos selectivos a menudo desempeñan un papel importante en fortalecer y dar forma a los acuerdos políticos, no he logrado transmitir la importancia de los grandes propósitos (Stone, 2005: 315).

Esto denota claramente una intención por ir más allá de los simples micro-incentivos institucionales que están incorporados en los preceptos neo-institucionalistas (y micro económicos) con los que trabajaba Stone durante los noventa. Sin embargo, se puede señalar que esto solo se logra superar a través de un objeto abstracto, y completamente pre-teórico, que Stone llama “los grandes propósitos” (Stone, 2005). En este sentido, Stone hace un giro cultural que se podría considerar acrítico en la medida que simplemente reconoce que los *grandes propósitos* tienen un efecto importante sobre la configuración de los regímenes dado que estos pueden ayudar a posicionar en la agenda pública ciertos fines sobre otros propósitos alternativos. Sin embargo, resulta imposible incorporar seriamente el efecto causal de los grandes discursos, sin abandonar previamente el tipo de neo-institucionalismo que fundamenta su visión ontológica, pues esta última no ve más allá de la racionalidad maximizadora e individualista (incentivos selectivos) como centro de la explicación del cambio social.

Un claro ejemplo de este problema en la TRU se da en el trabajo de Stoker and Mossberger (2001), estos autores construyeron una tipología que modifica los regímenes de mantenimiento, desarrollo y progreso de Stone (1987, 1989), incluyendo también la posibilidad de que existan incentivos colectivos y simbólicos para explicar la conformación de una coalición, creando así las categorías más amplias de regímenes orgánicos, instrumentales y simbólicos. Las

dos primeras clasificaciones basadas en incentivos de tipo racional y selectivo, y solo los terceros (los simbólicos) como un tipo de régimen especial que incorporaría el elemento cultural:

... Los *regímenes simbólicos* son los “regímenes progresistas” de Stone que se presentan en las ciudades empeñadas en cambiar su imagen... En los regímenes simbólicos o regímenes orgánicos los incentivos selectivos son menos importantes. Estos regímenes son más débiles y puede ser de transición, especialmente en el caso de los regímenes de revitalización (Stoker y Mossberger, 2001: 826).

En este sentido, para Stoker y Mossberger (2001) la ideología, el discurso y los símbolos solo hacen parte de uno de los regímenes, y no de “la constitución cultural de la economía política” (Ribera-Fumaz, 2009: 457). Es claro que en las otras dos tipologías resulta más importante, desde la perspectiva de la TRU, la tradición que logra mantener las élites partiendo de la exclusión racial o de clase (orgánicos), o la capacidad para distribuir incentivos selectivos y conseguir resultados tangibles de la coalición (instrumentales). Así se asumen que estos dos mecanismos para preservar regímenes pueden ser independientes de los discursos que los constituyen, las ideologías que los cimentan y los simbolismos que los representan.

Se puede señalar que las teorías de la economía política urbana movieron su mirada lejos del comportamiento de los actores que había sido el foco de estudio en la teoría del comportamiento (clave en el pluralismo y en los debates de comunidad), a examinar el papel del contexto en explicar la política local. Se empezó a entender que el problema central de los estudios políticos urbanos era explorar el “papel de las instituciones y los ensambles institucionales colectivizados, sea para gobernar, incrustar o regular el comportamiento económico, el crecimiento urbano y la acumulación local y regional” (MacLeod y Goodwin, 1999: 705). Se produjeron entonces una lista interminable de tipos de régimen, de modalidades de coalición y de tipos de tensiones, etc., que llevaron a que los estudios de política urbana no pudieran realmente dar un instrumental claro de análisis para estudiar su objeto en otros contextos.

Por esto se debe recordar que las explicaciones institucionales están profundamente entrelazadas con sus contextos locales, lo cual produce un tipo de conocimientos sobre el poder urbano que es altamente situacional y que depende del contexto, además de estar siempre ligado a ensambles espaciales, culturales y sociales particulares y a los “compuesto(s) institucionales espaciotemporales” (MacLeod – Goodwin, 1999: 707). Esto significa que las explicaciones institucionales, primero, pueden conducir fácilmente a errores importantes cuando son llevadas de un contexto a otro (Wood, 2004); y segundo, que durante este proceso pueden ignorar las tendencias causales propias del caso que estudian (por ejemplo, la existencia de una comunidad empresarial fuerte, una economía criminal, o de un sector informal importante) (Cox, 1993). Entonces, el objetivo de este artículo es incorporar los avances desarrollados por el giro cultural señalando que es clave poder explicar la política urbana sin depender exclusivamente del papel que juegan los ensambles institucionales y los supuestos deterministas de la economía política tradicional. De esta manera el artículo supera los estudios de comunidad y los estudios de economía política urbana al proponer un modelo que, partiendo de las relaciones de poder, pueda observar la manera cómo se construye un orden local desde el papel fundamental del discurso.

Un nuevo marco político para hablar del poder urbano desde la hegemonía

Como ya fue anunciado en la introducción, el objetivo de este artículo es desarrollar un nuevo marco teórico para hablar del poder urbano que adapte las ideas más generales de la Teoría de la Economía Política Cultural (EPC) (Ver, por ejemplo, Fairclough, Jessop y Sayer 2001; Sayer 2001; Jessop 2003; Sum 2003; Jessop 2004), al campo específico del poder urbano. En este sentido, el primer paso que de la EPC para reconstruir la importancia de la política en el análisis del poder urbano debe ser el de dejar aatrás a las teorías de economía política urbana que se han reseñado en la parte anterior del artículo. Para esto la EPC retoma las reformulaciones que parten del pensamiento gramsciano sobre la economía política (cfr,

Jessop, 1997; MacLeod y Goodwin, 1999). Esta literatura, le da al estudio de la hegemonía el papel preponderante que otras teorías de la Economía Política Urbana dan a los incentivos institucionales selectivos, al mercado, o al conflicto entre actores fijos. Para ilustrar esto, Jessop (1997) –en una contribución importante en el libro *Reconstructing Urban Regime Theory* (Lauria 1997)– ligó la idea de los regímenes urbanos con el concepto de hegemonía al explicar que la sostenibilidad de los regímenes urbanos no solo dependen de la formación de coaliciones (y sus estrategias) e instituciones (y sus principios estructuradores), sino también del éxito de su visión hegemónica. Más aún, esto resalta que la construcción de liderazgo (o la capacidad de gobernar) es una actividad ético-política deliberada entre distintos grupos, la cual debe ser funcional y operacional en la construcción de un consentimiento de los grupos subalternos.

Al contrario, de las teorías urbanas anteriores la EPC prioriza la búsqueda de la hegemonía como una manera más refinada para explicar el cambio social, poniendo de antemano la construcción intencionada y conflictiva del poder urbano. Esto implica que, para ser hegemónico, el grupo líder necesita buscar el consentimiento activo de los grupos subalternos, proveyendo estrategias funcionales y sostenibles (Jessop, 1997). En efecto, mientras que el análisis neo-gramsciano observa el proceso político de construcción del régimen, la Teoría del Régimen solo es capaz de explicar el proceso de formación de coaliciones a través de los incentivos institucionales que “inducen a la cooperación”, esto es, los incentivos que permiten a las personas “ver las limitaciones de la no-cooperación mutua y a aprender las normas de cooperación” (Stone 1989: 8). En otras palabras, para la Teoría del Régimen la producción de la “capacidad de actuar” se explica por la cooperación institucionalmente inducida entre actores institucionales, lo cual crea una tautología que no puede explicar quién gobierna, pues el “poder” se convierte en una mera capacidad institucional.

Así, en la EPC se sugiere que la producción de identidades, valores y representaciones (imaginarios) del mundo resulta crítica a la hora de construir liderazgo en la sociedad. En términos de Mouffe (2005) este esfuerzo permitiría crear un “nosotros” que estaría construido gracias a la manera como se moldean e incluyen

las identidades subordinadas y como se regulan sus antagonismos. De esta manera, el *bloque de poder* también está conformado por actores subalternos a través de “un lazo fuerte de identificación con los significados y valores del grupo líder” (Jones, 2006: 58) y con las instituciones económicas y políticas útiles a ambos grupos (Jessop, 1997).

Lo anterior implica que la EPC en vez de tomar las instituciones como la explicación de un comportamiento institucionalmente inducido, adopta la búsqueda por la hegemonía como un concepto que le permite explorar la política en sentido amplio, esto es, como el intento por redefinir intereses y subjetividades, así como el proceso de transformar instituciones “en búsqueda de proyectos que se considera sirven” a sus intereses (Jessop, 1997: 52). Así, la hegemonía no se entiende como si estuviera basada en el poder de clase o como si emergiera de los intereses materiales de las élites, sino como una coalición que debe ser formada y mantenida, pero que también se debe adaptar y probar funcional a las condiciones materiales y humanas que debe gobernar y sobre los grupos subalternos. En este sentido el “nosotros” debe resultar funcional para los actores subordinados, insertándolos adecuadamente en el proceso económico y político.

Además, la EPC adaptada al campo de los estudios urbanos también debe analizar el proceso activo de formación y mantenimiento de coaliciones al explorar cómo los grupos subalternos son parcialmente cooptados y cómo otras voces son integradas, aunque nunca completamente “liquidadas” (Jones, 2006: 76). Entonces, como explica Jones (2006: 79), “la hegemonía es un proceso reflexivo en el que los valores del bloque de poder, los subalternos y las fuerzas contra-hegemónicas se encuentran en estado constante de negociación, compromiso y cambio”. En palabras del mismo Gramsci (2003: 161):

... el hecho de la hegemonía presupone tomar nota de los intereses y tendencias de los grupos sobre los cuales la hegemonía va a ser ejercida y que se forme un cierto equilibrio de compromisos –en otras palabras, que el grupo líder debe hacer sacrificios de tipo económico-cooperativo.

De esta manera vemos cómo se rescata el ejercicio político para formar el “nosotros” sin dejar de resaltar que algunas voces “son (solo) audibles a través de su diálogo con las prácticas expresivas del grupo dominante” (Jones, 2006: 76). Mostrando que en el “nosotros” unos actores tienen más voz y peso que otros. Igualmente, es importante reconocer que la hegemonía nunca es completa. En efecto, Gramsci:

... reconoce varios grados y formas de mando político, no todos ellos complemente hegemónicas. Van desde la hegemonía inclusiva que asegura el consenso de la mayoría de las clases, pasando por formas de hegemonía más limitadas basadas en la incorporación selectiva de grupos subordinados (o por los menos sus líderes) y concesiones materiales (económico-corporativas) limitadas y poco sistemáticas, hasta el recurso, en casos generales, a la coerción generalizada (Jessop, 1997: 57).

Adicionalmente, la EPC también sugiere que los elementos político-ideológicos existen en una relación de “reciprocidad necesaria” (Gramsci, 2003: 266) con órdenes institucionales existentes que producen unos ciertos tipos de Estado, modos de gobernanza y estrategias de acumulación. Como explica Jessop (2007), esto lleva a la co-evolución entre los elementos político-ideológicos y los institucionales en lo que Gramsci (2003) llama el “bloque histórico”, esto es:

... el ensamble de relaciones socio-culturales mutuamente implicadas, estructuralmente asociadas e históricamente co-evolutivas, cuya construcción depende tanto de las actividades de intelectuales orgánicos y proyectos colectivos, como de la co-adaptación gradual y emergente de instituciones y conductas (Jessop, 2007: 46-47).

El concepto de *bloque histórico* resulta útil para mostrar que los bloques de poder siempre están social y materialmente construidos, uniendo ideologías, discursos e instituciones. A su vez, esto lleva a esta lectura de la política urbana a buscar un vocabulario que vaya más allá de la hegemonía e introduzca conceptos tales como las estrategias de acumulación, las visiones hegemónicas y los proyectos de Estado (Jessop, 1990) que den cuenta de estrategias concretas

ideológicas y discursivas para transformar subconjuntos particulares de relaciones institucionales del bloque histórico, tanto en sus componentes ideológicos, como políticos. Como señala Jessop (1990), para que las visiones hegemónicas sean viables y duraderas, tienen que estar ligadas a: (i) una estrategia de acumulación que sea factible; (ii) un proyecto de Estado adecuado a esta estrategia y con la capacidad de movilizar todos los distintos aparatos estatales alrededor de la visión hegemónica; y (iii) una estrategia para dar respuesta a las reclamaciones populares, de tal manera que el nosotros se constituya en el cemento que une las relaciones sociales.

Chantal Mouffe y su retorno a la política

A continuación, se revisará brevemente cómo las ideas de Chantal Mouffe ayudan a expandir las ideas de Gramsci, ilustrando con mayor fuerza la manera como el análisis del poder urbano se debe distanciar de las aproximaciones existentes. Esto si bien no hace parte de la EPC, en las versiones trabajadas por los autores de la Universidad de Lancaster mencionados arriba, constituye un aporte de este artículo para avanzar en el desarrollo de la teoría más general de la EPC que puede ser aplicable a otros campos. En su libro “El Retorno de la Política”, Mouffe (2005) señala que su objetivo es rescatar de las manos de las concepciones liberales al análisis del poder. Según Mouffe (2005) estas corrientes, que recuerdan a las que han dominado el campo de estudios del poder urbano (Dahl, 1961; Peterson, 1981; Stone, 1989), se limitan a observar “un proceso racional de negociación entre individuos” bajo incentivos claros y “desprovistos de sus pasiones disruptivas y sus creencias” (Mouffe, 2005: 140). En este sentido la política se ve reducida a la búsqueda de intereses individuales en medio de una racionalidad maximizadora, lo cual niega según Mouffe la esencia antagonista de grupos sociales y culturales con pasiones e intereses muy diferentes.

En este sentido, Mouffe (2005) recuerda como en las aproximaciones liberales al trabajar desde “un marco individualista y racionalista” desconocen “la construcción de las identidades colectivas y la creación de un “nosotros” como algo opuesto a un ellos” (Mouffe, 2005: 141). De esta manera no se puede olvidar que “todo consenso,

está por necesidad, basado en actos de exclusión” (Mouffe, 2005: 141), pues como señala Mouffe (2005:141) siguiendo a Derrida, “no existe una identidad que se auto-referencie a sí misma y que no se construya como una diferencia” con algo externo, lo cual implica que el mantenimiento de esa identidad depende de mostrar también lo que se excluye.

En este punto conviene recordar que el análisis de la economía política del poder urbano tiende a encapsular los antagonismos en el marco de lo que Mouffe llama “el capitalismo democrático-liberal realmente existente” (Mouffe, 2005: 6). En este sentido estas teorías asumen una serie de posiciones subjetivas más o menos predefinidas como aquellos de los rentistas urbanos, los empresarios urbanos (el periódico local, los constructores, etc.), los pobladores de los barrios, y el ciudadano común. Así, se olvida que no todos los conflictos o antagonismos urbanos son capitalistas o incluso democrático-liberales.³

Este tipo de lectura ignora otras identidades y otros discursos que bien pueden hacer parte importante de los antagonismos locales.

Igualmente, en lecturas de economía política urbana que son más cercanas a la elección racional y al neo-institucionalismo como en el caso de las teorías de Peterson (1981) y de Stone (1989; 2005) existe una limitación importante para explicar la formación de un “ellos” y un “nosotros” por fuera de los incentivos individuales y racionales. Si bien como se señalaba arriba, Stone (2005) reconoce la existencia de unos “grandes propósitos” y unos “propósitos alternativos”, la coalición se termina construyendo más por una necesidad de coordinar las acciones individuales para alcanzar una capacidad colectiva para actuar. En otras palabras, dada la separación del Estado y el mercado de la que parte la TRU (Elkin, 1987), la explicación de la existencia de un régimen está en la necesidad de resolver los fallos de comando del Estado y de coordinación del mercado, y no en ningún antagonismo político. El régimen busca resolver a través de acuerdos informales y acciones individuales estos fallos para así lograr cierta acción conjunta.

³ Unos se adaptan bien a este marco, por ejemplo, aquel entre los rentistas urbanos y los pobladores de los barrios, los primeros centrados en el valor de intercambio y los segundos en el valor de uso, siguiendo la clásica premisa marxista retomada en el trabajo de Molotch (1976). Pero otros como pueden ser los conflictos étnicos, religiosos, culturales, etc., difícilmente se pueden reducir a esta interpretación político-económica.

En el trabajo de Stone (1989; 2005) su marco teórico le permite llegar hasta identificar la posible existencia de cuatro tipos de régimenes, todos ellos construidos a partir de dinámicas de interacción definidas sobre incentivos selectivos y sin antagonismos externos: (i) *de mantenimiento*, enfocados a prestar servicios básicos y mantener impuestos bajos; (ii) *de desarrollo*, que buscan cambiar el uso de la tierra para promover el crecimiento; (iii) *progresista*, con bases en la clase media y cuyas metas son la preservación histórica y medioambiental y la vivienda digna; (iv) *los de expansión de oportunidades*, impulsados por los estratos bajos, que enfatizan en la inversión social y la igualdad de oportunidades (Stoker, 2006: 508-9). Sin embargo, resulta mucho más difícil justificar cómo es posible que un régimen de “expansión de oportunidades” se pueda constituir y estabilizar sin tener una ontología política que vaya más allá de los incentivos selectivos. En este sentido, estas categorías se presentan desprovistas de cualquier forma de antagonismo y como resultado de la mutua necesidad de interacción.

Así, siguiendo a Mouffe (2005) se hace posible entender que para el análisis del poder urbano es necesario trascender (sin olvidar) los análisis de economía política urbana. Esto puede ser especialmente cierto en Colombia, dado que en nuestro país nuestras ciudades se han constituido parcialmente a la espalda del mercado formal, y sus conflictos y antagonismos pasan por otros referentes e identidades. En este sentido, el análisis de Mouffe (2005) invita a ser cuidadoso y observar: (i) la constitución de identidades sobre las cuáles se organizan los antagonismos, (ii) el grado en que estos últimos se acogen a las reglas del juego democrático-liberal, y (iii), a no olvidar que en su grado más extremo estas reglas reflejan la existencia de “ejércitos enfrentados que deciden no matarse mutuamente” (Mouffe, 2005: 5). En otras palabras, la violencia política refleja que en el caso de nuestras ciudades las reglas no han sido necesariamente aceptadas y por lo tanto la manera de sostener ciertos regímenes puede estar directamente ligada a la coerción abierta y directa.

Foucault y el acercamiento a las técnicas de poder

Puede argumentarse que estos primeros acercamientos con la idea de los discursos y los incentivos simbólicos eran todavía pre-

teóricos en términos de la EPC porque eran más material-discursivos que discursivo-materiales (Sum, 2003). En otras palabras, destacaban las interacciones entre instituciones y discursos con énfasis en la “naturaleza selectiva del contexto estructural en el que los agentes existen y actúan” (Sum, 2003: 6) dándole así más peso a las instituciones y a los incentivos selectivos de estas. De esta manera, fueron capaces de ir más allá de las explicaciones teleológicas institucionales y explicar el poder urbano en términos de las interacciones entre poder e instituciones. Sin embargo, tuvieron menos éxito al explicar los efectos de los discursos y los imaginarios en la formación de las relaciones sociales de poder.

Pero la EPC pretende desarrollarse en una teoría que muestre como se da esa interacción entre el poder, el discurso y las instituciones, con el propósito de “alejarse de una versión fuertemente institucionalista” (Sum, 2003: 4). Para lograr esto, la EPC recurre al trabajo de Foucault porque este extendió el estudio de las relaciones de poder a una gama amplia de formas institucionales, no solo analizándolas como instituciones, sino como técnicas de poder. Como sugiere Dean (1994), el análisis de Foucault va más allá del análisis institucional, puesto que “una analítica del gobierno es un análisis materialista en tanto pone a estos regímenes y prácticas en el centro del análisis y buscar descubrir la lógica de dichas prácticas” (Dean, 1994: 30). Más aún, ubicar el estudio de estas tecnologías del poder en el centro de la investigación implica reconocer “las mismas técnicas de poder pueden ser puestas al servicio de más de un interés político o social” (Gordon, 1994: xiv). En este sentido, al utilizar a Foucault, la EPC puede ir más lejos del simple análisis de coaliciones, abriendo la caja de negra que tanto elitistas, pluralistas y la mismas TRU llamaba recursos y mostrando cómo estos son utilizados para construir poder.

Más aún, la lectura de Foucault resulta ser muy útil para expresar cómo la EPC se aleja de las lecturas institucionales de la política urbana al sugerir que “siempre es cuestión de analizar las instituciones desde la perspectiva del poder y no de analizar el poder desde la perspectiva de las instituciones” (Caputo y Yount, 1993: 4). En este sentido, Foucault entiende que el poder está por encima de las instituciones al situarlas como “macro-objetos (y) instrumentos gruesos

para el funcionamiento más fino y elemental del poder” (Caputo y Yount, 1993: 4) y al aceptar que el poder es “la película ineludible que cubre todas las interacciones humanas, sea dentro de las instituciones o no” (Caputo y Yount, 1993: 4). Esto indica que “El análisis del poder es siempre más minucioso que lo que sería cualquier análisis de clases, de estados o de instituciones” (Caputo y Yount, 1993: 4).

Efectivamente, como señaló Foucault (1994: 326), su objetivo al estudiar las instituciones sociales era “crear una historia de las distintas formas por las cuales, en nuestra cultura, los seres humanos son hechos sujetos”. Como sugieren Caputo y Yount (1993: 4), al estudiar cómo las instituciones sociales hacían sujetos, Foucault también reconoce que la normalización producida por normas, conductas aceptadas, hábitos cristalizados y automatismos siempre está impregnada de las relaciones de poder establecidas entre “hombres y mujeres, viejos y jóvenes, expertos e inexpertos, bien nacidos y hambrientos, sin color y de color, Occidente y Oriente” (Caputo y Yount, 1993: 4).

Luego, introducir los conceptos de Foucault para complementar la EPC ayuda a identificar estas tecnologías sin dejar de lado la pregunta por cómo éstas son movilizadas, invertidas y colonizadas (Jessop, 2006). De esta forma, las tecnologías y el intento de estabilizar un orden institucional no se encuentran separados, sino que son mutuamente dependientes. Por esto se debe estudiar el proceso de la construcción de coaliciones, pero también el proceso de construcción de tecnologías de poder (recursos) que puedan ser movilizados por los actores. Es más, como sugiere Foucault (2004), la construcción del poder es vista como un proceso de colonización y unión de más relaciones y tecnologías de poder (instituciones) en un mecanismo de poder más general. Es decir,

... ver cómo estos mecanismos de poder... han sido y son invertidos, colonizados, usados, conjugados, transformados, desplazados, extendidos y más por mecanismos cada vez más generales y formas de dominación global ... (Foucault, 2004: 30).

Entonces, de Foucault (2000; 2004; 2007) la EPC extrae elementos importantes sobre el proceso de colonización de tecnologías

de poder (instituciones) en diferentes campos sociales, separando a estos últimos de los proyectos de colonización de los mismos. Aquí el objetivo de la EPC es observar tanto las tecnologías particulares, como los intentos por crear proyectos de poder más generales. En este sentido, si el trabajo neo-gramsciano ayuda a observar la producción real de relaciones de poder como procesos deliberados y estratégicos, la interpretación de Foucault que hace la EPC sirve para explicar la forma en que estas relaciones de poder están construidas en términos operativos. De esta forma, parafraseando a Marsden (1999), podríamos sostener que Gramsci explica por qué la producción de poder es necesaria y Foucault por qué es posible.

En consecuencia, podemos extraer del trabajo de Gramsci la necesidad de producir un bloque de poder a través de la hegemonía, mientras que desde el trabajo de Foucault podemos entender el proceso de colonización de tecnologías de poder (e instituciones) en distintos campos sociales. Al beber de ambas fuentes, el objetivo de la EPC es observar los intentos por crear proyectos de poder más generales reconociendo que una analítica del poder puede combinar con un análisis de la hegemonía. Así que en este sentido, la capacidad de hablar a nombre de la ciudad puede ser explicada al estudiar la producción activa de liderazgo moral y la colonización de tecnologías de poder.

La periodización de los procesos culturales políticos: otro punto clave de la EPC

Ubicar la preocupación por las relaciones de poder en el centro de la investigación exige rescatar la historicidad de las instituciones, ideas y prácticas del gobierno, explicando los orígenes de su poder, así como los discursos que las originaron. Por tanto, una EPC del poder urbano debe separar claramente la evolución de las instituciones como técnicas de poder, de la evolución de los proyectos hegemónicos (la construcción de coaliciones) que pretenden colonizarlas para ponerlas al servicio de un régimen específico. En este sentido la EPC valora la periodización del proceso de reestructuración urbana pues es sensible a las diferencias que emergen entre estos períodos en estos dos procesos separados. Como argumenta Jessop (2003:2):

La meta principal de la periodización es reinterpretar un “flujo” de tiempo histórico que de otra manera no estaría diferenciado, al clasificar eventos y/o procesos según sus afinidades internas y diferencias externas, para así identificar períodos sucesivos de relativa invariabilidad y las transiciones entre ellos.

Entonces, al estudiar la evolución del poder urbano en un período relativamente largo de tiempo (veinte o treinta años), la EPC logra observar la diferencia entre la evolución de micro-tecnologías del poder particulares, y de los proyectos de poder que las originaron o colonizaron. Es una “cuestión no de cavar hasta un estrato de continuidad enterrado, sino de identificar la transformación que hizo (...) posible esta transición” (Foucault, 1994: 226), tanto en términos institucionales, como de estrategias hegemónicas. Como explicaba Foucault (1980): “solo los contenidos históricos nos permiten redescubrir los efectos desgarradores de conflicto y lucha que el orden impuesto (...) está diseñado para cubrir” (Foucault, 1980: 82). En este sentido, historizar y problematizar estas iniciativas ayuda a (i) revelar las fuerzas “desnudas” que están haciendo la historia, y (ii) separar el estudio de las técnicas de poder del de las materializaciones concretas de las relaciones de poder. En últimas, como sugería Dean (1994), esto produce una comprensión materialista de las relaciones de poder que está basada en instituciones y proyectos hegemónicos concretos

Ahora, si bien ya está claro que el reto es formular una teoría que permita integrar el análisis institucional (técnicas de poder), con el análisis de los discursos que exponen directamente a los grupos de poder en sus estrategias hegemónicas, lo que aún falta por dilucidar es precisamente cuál puede ser la forma de esta teoría. Los intentos previos por realizar este ejercicio han sido muy limitados. En el caso de la Teoría del Régimen, como se mostró arriba, esta se ha limitado a formular la idea de regímenes orgánicos, instrumentales y simbólicos, los cuales no constituyen en sí mismo una teoría, sino que simplemente presentan tres maneras más generales bajo las cuales se puede organizar el poder local (Mossberger y Stoker, 2001) En el caso del análisis neo-gramsciano el ejercicio se ha limitado a reconocer “... varios grados y formas de mando político, no todos

ellos complemente hegemónicos” (Jessop, 1997: 57), sin poder reconocer más claramente el proceso de creación de la hegemonía.

En este sentido se requiere de una teoría más general que pueda efectivamente explicar la interacción de discursos e instituciones de manera que pueda servir de base teórica para explorar la construcción de un régimen (o bloque histórico urbano). La construcción de este tipo de teoría, más abstracta que la que actualmente existe, permitiría estudiar la agencia urbana sin que “la inevitable contextualidad e historicidad” (Ribera-Fumaz, 2009: 457) del conocimiento de las teorías del poder urbano terminen siendo un impedimento para el desarrollo de un conocimiento teórico generalizable.

El reto consiste en explicar cómo se pueden integrar la exploración bajo un mismo marco teórico de los diferentes momentos que existen en la interacción entre discursos e instituciones. Por ejemplo: (a) la explicación de estas interacciones en momentos de trámite en que tanto la coalición como sus recursos de poder individuales sobreviven con ajustes menores; (b) la explicación de las mismas en momentos de crisis mucho más estructural en el que tanto las coaliciones, como las mismas tecnologías de poder entran en crisis; y finalmente, (c) la explicación de la interacción entre discursos e instituciones en momentos en los que se construye una nueva coalición que sostiene las tecnologías de poder más o menos intactas, ya que estas aún son funcionales para crear cierto orden social.

Como se nota el reto es poder explicar, tanto momentos en los que la erosión institucional ha llevado a que se priorice la búsqueda de nuevas grandes visiones o discursos de transformación de la ciudad y el régimen, como momentos en los que el poder está altamente institucionalizado y propiamente existe una hegemonía o régimen en operación. La propuesta que desarrolla la EPC es que es posible integrar estos momentos en una sola “*economía política cultural crítica* de los procesos sociales”, por seguir el término de Ribera-Fumaz (2009: 457), que analiza el desarrollo del poder urbano a través de “tres etapas distintas en el desarrollo de las relaciones de poder” (Jessop, 2006: 5), estas son:

... variación en los objetos, sujetos, propósitos y tecnologías de poder; selección de algunas tecnologías y prácticas en vez de otras; y retención

de algunas de ellas mientras son integradas a estrategias (de poder) más amplias y más estables (Jessop 2006: 5; énfasis propio).

A su vez, este movimiento implica reconocer que un análisis institucional como los de la TRU (con los cambios ya mencionados) funciona mejor en lo que Sum (2003) considera *momentos de estabilidad*. Sum (2003) define a este momento como una situación estructurada en las relaciones sociales de la “hegemonía de la producción”, la cual representa “la dominación de un orden de producción o régimen al interior de la estructura global de la formación social y (...) los mecanismos que aseguran esta dominación” (Sum, 2003: 1). Estos momentos pueden analizarse entendiendo que existe una coherencia entre las relaciones de poder, las tecnologías de poder, una coalición de poder y todo un régimen urbano. Así, la EPC de un momento de estabilidad reconoce que los discursos se han incrustado en complejos institucionales denotando así la manera como estos han sido *retenidos* en el orden existente. A medida que los viejos discursos y problematizaciones son seleccionados y retenidos en las estructuras y prácticas sociales, estos establecen capas de realidad ontológicas que a su vez condicionan a los actores sociales (Archer, 1995; Sayer, 2000).

Así, los actores en estos períodos actuarán según las restricciones y posibilidades creadas por los “sedimentos” de la acción social pasada. Como dice Wodak (2001: 3) acerca del acoplamiento entre instituciones y discursos: “las estructuras de dominación está legitimadas por ideologías de grupos poderosos”. La institucionalización de las relaciones de poder también alcanza identidades, discursos y hábitos específicos que se estandarizan. Finalmente, estas prácticas e ideologías se filtran hasta el sector popular en momentos de estabilidad para constituir lo que Gramsci (2003) llama “el cemento” de la formación social. Así que este es un momento en el que la materialidad de un mundo “estructurado” se hace más relevante, como señala Sum (2003), y en el que la conjunción relativamente estructurada de selectividades estratégicas ayudaría no solo a privilegiar algunas estrategias por encima de otras, pero también a orientar a los actores en su conducta diaria.

Por el contrario, en los *momentos de crisis* es necesario prestarle mayor atención a la producción del discurso y, por lo tanto, adoptar un enfoque que sea más discursivo que material. Aquí, la EPC retoma el Análisis Crítico del Discurso (en adelante ACD; ver Fairclough, 2000, 2001, 2003; Wodak, 2001). La interacción de la EPC con la ACD busca evitar una relación funcionalista e inmediata entre el discurso y el cambio social que no pueda ver que “el discurso está estructurado por la dominación; que todo discurso está históricamente producido e interpretado...” (Wodak, 2001: 3). Esto, a su vez ayuda a la EPC a establecer una relación entre los bloques de poder y sus proyectos de estabilizar selectividades, capacidades estatales y formas de gobernanza particulares. En estos momentos análisis cercanos a la TRU y todas las otras aproximaciones existentes de la economía política urbana tienen más problemas para poder explicar las crisis estructurales.

En estos momentos, se le debe dar un mayor peso al campo “discursivo”, las dinámicas de la producción inter-subjetiva alrededor del “nosotros” y el “ellos”, teniendo en cuenta la respectiva *variación* de las problematizaciones, sin perder el rastro de sus orígenes sociales. En efecto, como explica Fairclough (2003: 22), es crucial entender que los discursos son “causados de un lado por estructuras sociales y prácticas sociales; (y) por el otro por agentes sociales...”. Así que en los períodos de crisis resulta más relevante explorar el papel de los actores sociales que buscan estabilizar nuevas identidades para formular un nuevo “nosotros”, con sus respectivas agendas y categorías sociales. Este proceso, que Sum (2003) llama producción de hegemonía, establece las condiciones para la institucionalización de ciertos modos de cálculos, capacidades, mecanismos, formas de compromiso, vinculaciones y formas de movilización que permiten a ciertos actores actuar juntos y poder realizar sus visiones.

Esto implica que en los períodos de crisis es posible ver: (a) diferentes visiones e identidades en competencia unas con otras pues no existe una coalición hegemónica; (b) una falta de identificación entre los actores líderes (un ellos y un nosotros difuso); (c) problemas de consenso entre los actores claves y sus fuerzas subalternas; y (d) desajustes generales entre los órdenes institucionales y los imaginarios emergentes de la acción social. Para ilustrar esto, es útil

recordar la forma en que Gramsci (2003: 210) estudió la destrucción de dichos vínculos en la Italia de la década de 1920 y sugirió que “cuando una crisis así ocurre, la situación inmediata se hace delicada y peligrosos porque el campo está abierto a soluciones violentas (y) a las actividades de fuerzas desconocidas...”. Esta crisis de las relaciones de poder refleja precisamente una crisis en la capacidad del bloque de liderazgo para orientar la acción social, exponiendo así tanto las fuerzas desnudas de la coerción directa a través de formas directas de violencia, y también el esfuerzo directo de los grupos de poder por reconstruir el orden social con sus propias visiones y su proyecto ético-político para construir un “nosotros” y excluir un “ellos”. Luego, en estos momentos de “cambio” se hace más fructífero analizar o bien las fuerzas vivas de coerción o la producción de “trabajo semiótico” (Fairclough, 2001: 124), ya que los discursos e imaginarios ayudarían a exponer los orígenes sociales y “visiones del mundo” específicos que en el futuro serían clave para entender lo que podría llegar a ser institucionalizado.

La EPC también explora un tercer momento que ayuda a ligar los dos anteriores (la *variación* en los momentos de crisis y la *retención* en los momentos de estabilidad): el momento de selección (ver Jessop 2004; 2006). Esta etapa comienza cuando un cierto discurso ha sido seleccionado y transformado en tecnologías de poder (o colonización de las mismas), instituciones, objetos de gobernanza, racionalidades políticas, modos de regulación y relaciones de poder generales (Jessop, 2004; Sum, 2003). Así, en este momento intermedio de la producción de hegemonía, los mecanismos emergentes de gobernanza, regulación y, en últimas, poder se hacen más importantes que el análisis de las variaciones en los discursos (Jessop, 2004; Sum 2003). En efecto, este momento no es solo crucial para reconocer la importancia de la agencia, sino también para estudiar la materialidad (y contextualidad) emergente. Luego, la EPC observa la co-evolución de procesos discursivos y extra-discursivos y alcanza un punto esencial en este paso intermedio. Esto sirve para explicar que si bien se prioriza en la EPC el concepto de hegemonía, no se está asumiendo que el poder urbano es solo “socialmente producido y sostenido”, sino que se acepta que también estructural-

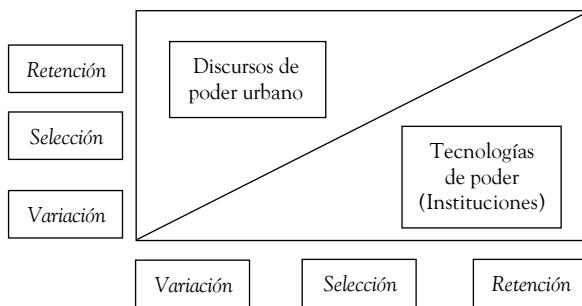
mente “determinado” por la manera como las tecnologías de poder se adecúan al contexto.

Ahora, este momento resulta clave para diferenciar a la EPC urbana de otras teorías, pues por ejemplo, para entender el cambios social la Teoría del Régimen solo aceptaría el papel de los incentivos institucionales y los incentivos selectivos (Stone, 1989) y las viejas teorías de los estudios de comunidad solo aceptarían el papel mismo de la agencia directa (su reputación o su participación). Al contrario, la EPC en esta lectura discursivo/materialista enfatiza el papel selectivo jugado por las estructuras e instituciones en la construcción intencional de la realidad y la manera como estas últimas son socialmente construidas. Entonces, en estos momentos, en vez de resaltar la variedad y la multiplicidad, es importante observar cómo esas estrategias y visiones dominantes están pasando por un proceso de selección, empiezan a su vez a ser selectivas sobre visiones alternativas que han sido parcialmente descartadas. Esto implica que ya existe propiamente un “ellos” y un “nosotros”, pero que además se han desarrollado tecnologías de poder que hagan sostenible esta forma de organización del poder. Sin embargo, las capacidades regulatorias de este orden en lo que respecta a las estructuras sociales, las contradicciones y las tendencias de crisis están siendo aún probadas. Este momento de selección, la coalición emergente pone a prueba sus discursos de poder, así como sus recursos de poder de los que ya dispone, estableciendo estrategias para colonizar nuevos recursos y buscando sostenerse, tanto de cara a los procesos electorales, como de cara a los retos económicos que implica sostener la acumulación capitalista. Si la coalición (el bloque de poder) no logra estabilizarse, sus estrategias y discursos no terminarán siendo más que «arbitrarios, racionalistas y “voluntaristas”» (Gramsci, 2003: 377). Así que en este momento de selección se prueba si los discursos de poder logran realmente ser retenidos tanto como coalición política urbana, como tecnologías de poder y formas de acumulación concreta.

Para ilustrar gráficamente cómo se puede investigar el surgimiento de la nueva etapa en la construcción del poder urbano a través del mecanismo evolutivo de surgimiento variación, selección y retención, se puede ver el siguiente gráfico que presenta una versión idealizada (y simplificada) del proceso. Pero antes de asumir esta

periodización en un sentido lineal, es clave recordar que, como se ha mencionado arriba, este proceso no debe ser visto como un “estrato de continuidad enterrado” (Foucault, 1994: 226), sino como una serie de capas, tendencias y lógicas, todas separadas, pero parcialmente unificadas entre sí a través de la emergencia de un “bloque histórico”.

Figura 1. Idealización de la construcción de coaliciones y poder en la EPC urbana.



Fuente: Leyva (2010)

La vida social siempre estará compuesta de algunas líneas de continuidad que resultan de lo que Foucault (2004: 30) llama los “mecanismos infinitesimales” del poder (técnicas y tácticas, así como otras tecnologías de intervención a escala menor). También comprende algunas rupturas e innovaciones que devienen del accionar de actores sociales limitados (parcial, pero nunca totalmente) por estructuras, prácticas sociales y discursos existentes (Sayer, 2000; Jessop, 1990). En resumidas cuentas, la EPC ayuda a explorar la evolución de la micro-física de las relaciones de poder, así como la creación de proyectos más globales que pueden colonizar y conferir una lógica global a esos mecanismos de poder en términos de hegemonía, aportando los elementos necesarios para enriquecer el análisis político de la misma.

Conclusión

Este artículo buscó contribuir a que el análisis político urbano recupere sus fundamentos políticos y deje atrás su economicismo.

Con este fin, estableció un diálogo entre esta sub-disciplina de la Ciencia Política que estudia el “poder urbano”, y las teorías políticas de Antonio Gramsci, Michel Foucault y Chantal Mouffe. Esta exploración se dio de la mano del camino ya abierto por la EPC como teoría más general que explora la interacción entre discursos e instituciones, y que aplicada al campo específico del poder urbano se podría explicar como una nueva corriente teórica que busca re-explorar las posibilidades de la economía política al tomar seriamente el giro cultural y lingüístico que se ha dado en las ciencias sociales en las últimas dos décadas. El aporte teórico entonces estuvo centrado en examinar cómo cambia el estudio del poder urbano al incluir conceptos claves como la hegemonía, el antagonismo, los discursos, las tecnologías de poder y el proceso de co-evolución entre discursos e instituciones, el cual constituye el principal aporte de la EPC.

En términos generales el artículo reconoce que con el giro que se dio en los años setenta de los estudios de comunidad hacia la economía política urbana, se buscaba evitar el error de entender a la comunidad “como una especie de micro-sociedad” (Castells, 1974: 292). Sin embargo, se cayó con el tiempo en el error de sobre institucionalizar la lectura, llegando a crear un campo de conocimiento en el que más que conflictos y comunidades abiertas, existían actores predeterminados y formas de organización fijas organizados en una tipología de regímenes pre-armados. Así el campo cayó en el error de no contar con una teoría política suficientemente abstracta como para que le permitiera observar las interacciones entre los agentes políticos y las estructuras institucionales de una manera más abierta. El propósito de este artículo fue precisamente desarrollar una adaptación de la *Economía Política Cultural* al campo más específico de los estudios del poder urbano, y con esto, ofrecer precisamente una teoría que sea capaz de integrar los momentos discursivos con los momentos institucionales en una sola metodología evolutiva □C

Referencias

- Archer, M., 1995, *Realist social theory: the Morphogenetic Approach*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Caputo, J. – Yount, M., 1993, “Institutions, normalization, and power”, en: J. Caputo – M. Yount (eds.) *Foucault and the critique of institutions*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Castells, M., 1974, *La cuestión urbana*. Madrid: Siglo XXI editores.
- Cox, K. R., 1993, “The local and the global in the new urban politics: a critical view”, en: *Environment and Planning D: Society and Space* (11). pp. 433-440.
- Cochrane, A., 1999, “Redefining urban politics for the twenty-first century”, en: Jonas, A. E. G. – Wilson, D. (eds.) *Urban Growth Machines: Critical Perspectives Two Decades Later*. Albany: State University of New York Press, pp. 109–124.
- Dahl, R., 1961, *Who Governs? Democracy and Power in an American City*. New Haven: Yale University Press.
- Dean, M., 1994, *Critical and effective histories: Foucault's methods and historical sociology*. London: Routledge.
- Elkin, S. L., 1987, *City and regime in the American republic*. Chicago: Univ. of Chicago Press.
- Fairclough, N. – Jessop, B. – Sayer, A., 2001, *Critical Realism and Semiosis*. Disponible en: <http://www.cddc.vt.edu/host/lnc/lncarchive.html> (Consultado, junio de 2003).
- Fairclough, N., 2000, *New Labour, New Language?* London: Routledge.
- Fairclough, N., 2001, “Critical discourse analysis as a method in social scientific research”, en: R. Wodak – M. Meyer. (eds.) *Methods of critical discourse analysis*. London: Sage.
- Fairclough, N., 2003, *Analysing Discourse: Textual Analysis for Social research*. London: Routledge.
- Foucault, M., 1980, *Power/knowledge: selected interviews and other writings (1972-1977)*. Brighton, Sussex: Harvester Press.
- Foucault, M., 1994, *Power-essential works of Foucault 1954-1984*. London: Penguin.
- Foucault, M., 2000, *Defender la Sociedad, Curso del Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M., 2004, *Society Must Be Defended.*, trad. David Macey. London: Penguin.

- Foucault, M., 2007, *Security, Territory, Population*. Lectures at the college de France: 1977-1978. London: Palgrave.
- Gramsci, A., 2003, *Selection from the Prison Notebooks*. London: Lawrence and Wishart.
- Hunter, F., 1953, *Community power structure: A study of decision makers*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Jones, M.; Jones, R.; Woods, M., 2004, *An introduction to political geography: space, place and politics*. London: Routledge.
- Jessop, B., 1990, *State theory: Putting Capitalist States in their place*. Cambridge: Polity Press.
- Jessop, B., 1997, "Reconstructing Urban Regime Theory: Regulating Urban Politics in a Global Economy", en: Lauria, M., (ed.) *Reconstructing Regime Theory: Regulating Urban Politics in a Global Economy*. London: Sage.
- Jessop, B., 2003, *Cultural Political Economy, the Knowledge-Based Economy, and the State*. Available from <http://www.cddc.vt.edu/host/lnc/lncarchive.html> [Revisado en Julio de 2003].
- Jessop, B., 2004, "Critical Semiotic Analysis and Cultural Political Economy", en: *Critical Discourse studies*, vol. 1). no. 1). pp. 159-174.
- Jessop, B., 2006, *From micro-powers to governmentality: Foucault's work on statehood, state formation, statecraft and state power*, *Political Geography*, Available from: doi:10.1016/j.polgeo. [Consultado el 8 de febrero de 2006].
- Jessop, B., 2007, *State Power: A Strategic-Relational Approach*. London: Polity.
- Jessop, B. – Sum, N.L., 2000, "An Entrepreneurial City in Action: Hong Kong's Emerging Strategies in and for (Inter)Urban Competition", en: *Urban Studies*, 37 (November), pp. 2287-2313.
- Jessop, B. – Sum, N. L., 2001, "The pre-and post-disciplinary perspectives of political economy", en: *New Political Economy*, Vol 6, No. 1, pp. 89–101.
- Jones, S., 2006, *Antonio Gramsci*. Routledge: London
- Lauria, M., 1997, (ed.) *Reconstructing Regime Theory: Regulating Urban Politics in a Global Economy*. London: Sage.
- Lindblom, C., 1977, *Politics and Markets: The World's Political-Economic Systems*. New York: Basic.
- Logan, J. R. – Molotch, H., 1987, *Urban Fortunes: The Political Economy of Place*. Berkeley: University of California Press.

- Macleod, G. – Goodwin, M., 1999, “Space, scale and state strategy: re-thinking urban and regional governance”, en: *Progress in Human Geography*, Vol. 23, No. 4, pp. 503-527.
- Marsden, R., 1999, *The nature of capital: Marx after Foucault*. London: Routledge.
- Molotch, H., 1976, “The City As a Growth Machine”, en: *American Journal of Sociology* 82). pp. 309-330.
- Mouffe, C., 2005, *The return of the political*. London: Verso.
- Peterson, P., 1981, *City Limits*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Ribera-Fumaz, R., 2009, “From urban political economy to cultural political economy: rethinking culture and economy in and beyond the urban”, en: *Progress in Human Geography*, 33, pp. 447-465.
- Sayer, A., 2000, *Realism and Social Science*. London: Sage.
- Sayer, A., 2001, “For a Critical Cultural Political Economy”, en: *Antipode*, Vol. 33, No. 4, pp. 687-708.
- Stone, C., 1987, The study of the politics of urban development, en Clarence Stone y Heywood Sanders (Eds.) *The Politics of Urban development*. Lawrence: University Press of Kansas, pp. 3-22.
- Stone, C., 1989, *Regime Politics: Governing Atlanta (1946-1988)*. Lawrence: University Press of Kansas.
- Stone, C., 2005, “Looking Back to Look Forward: Reflections on Urban Regime Analysis”, en: *Urban Affairs Review*, 40, pp. 309-341.
- Stoker, G., Mossberger, K., 1994, “Urban regime theory in comparative perspective”, en: *Environment and Planning C: Government and Policy*, Vol. 12, No. 2, pp. 195-212.
- Stoker, G. – Mossberger, K., 2001, “The evolution of urban regime theory: the challenge of Conceptualization”, en: *Urban Affairs Review*, Vol. 36, No. 6, pp. 810-835.
- Sum, N. L., 2003, *From ‘Integral State’ to ‘Integral World Order’: Towards a Neo-Gramscian Cultural International Political Economy*. Presentado en Conferencia de CPE, disponible en, www.internationalgramscisociety.org/communications/images_of_gramsci.html [consultado en 28 de julio (2006)].
- Sum, N. L., 2007, *Demologos Thematic Synthesis*. Paper 4: Culture, Discourse, Ideology and Hegemony. Documento interno no publicado. Department of Politics and International Relations, Lancaster University.
- Wodak, R., 2001, “What is CDA about?”, en: R. Wodak – M. Meyer (eds.) *Methods of critical discourse analysis*. London: Sage.